

1

Phil Kramer caminaba por la acera bajo los grandes árboles en dirección a su coche. Reinaba el silencio en la calle, y las luces de casi todas las casas estaban apagadas. Las enredaderas en flor que abrían sus brotes en noches calurosas de verano como ésta proyectaban un olor potente y dulzón. Glicinia, supuso, o algún tipo de jazmín. Era imposible ponerles coto, porque en el sur de California crecía de todo. Supuso que esa noche tenía los sentidos aguzados. Durante los últimos veinticinco años se había entrenado para ser muy consciente de su entorno, sobre todo cuando iba solo de noche. Sabía que un gato le estaba observando desde la seguridad de la barandilla del porche de su derecha, y sabía que un hombre caminaba por la acera a media manzana detrás de él. Le había visto al doblar la esquina. No era tan alto como él, pero sí corpulento, y llevaba chaqueta en una noche demasiado calurosa para utilizarla. Oía los pasos justo por encima del ruido de los coches que circulaban por el bulevar.

Suponía que el hombre tal vez fuera el último intento de que se sintiera inquieto. No se trataba de una burda estratagema para asustarle, sino una forma de recordarle que podían vigilarle, seguirle y estudiarle tan bien como a cualquiera. Podían seguir sus movimientos, y por tanto era vulnerable. El hombre quizás había salido a pasear por algún motivo que no guardaba la menor relación con los asuntos de Phil Kramer.

Phil se acercó al lugar donde había aparcado el coche (demasiado cerca ahora para que le impidieran llegar), y el hombre ya le era indiferente. Apretó el botón de su llavero para abrir las puertas, y la luz del techo se encendió. Abrió la puerta y se sentó en el

asiento del conductor, y después extendió la mano hacia la puerta para cerrarla.

En el aire calmo y tibio de la noche oyó el ruido de algo al deslizarse, acompañado de un leve chirrido, y se volvió para ver qué era. Con una sola mirada, comprendió que había calculado mal todas las complejidades: vio la furgoneta aparcada al otro lado de la calle, la ventanilla medio abierta con la pistola apoyada sobre ella y el destello del cañón.

La bala penetró en su cráneo, y el impacto encendió mil pensamientos en un instante, los quemó y desintegró mientras las sinapsis se apagaban. Apareció su hermano Dan, un momento fortuito en un partido de béisbol, la bola que botaba a sus pies, el impacto en la palma de la mano cuando golpeó su guante, incluso un destello de la franela blanca de su uniforme cubierto de polvo. El orgullo y miedo que sintió cuando vio a su hijo por primera vez. Una sensación insoportablemente agradable de las mujeres a las que había tocado, la cual resumía una impresión destilada de la feminidad. Profundo pesar. Emily.

Emily Kramer despertó a las cinco y media, como cada mañana desde hacía veintidós años. El sol teñía apenas la habitación de un tono azulino, pero el pecho de Emily ya albergaba una sensación de alarma, y fue incapaz de expandir del todo los pulmones para respirar. Se volvió a la izquierda para mirar, consciente antes de hacerlo de que ese espacio estaba vacío. Un espacio que pertenecía a algo, el corpachón de su marido. Debería estar allí.

Era demasiado temprano para llamar a alguien. Incluso mientras continuaba sopesando la idea, tecleó un número que se sabía de memoria. Sonó una, dos, tres, cuatro veces. Sonó su voz: «Soy Ray Hall. Deje su mensaje si quiere». Debía estar durmiendo, pensó. Pues claro que estaba durmiendo. Todas las personas sensatas del planeta estaban durmiendo. Confió en no haberle despertado. Se quedó parada con el teléfono en la mano, aliviada de que no se

hubiera enterado de la estupidez de haberle llamado a las cinco y media de la mañana.

Pero aquella sensación se invirtió al instante. No se alegraba de no haberle despertado. No estaba de humor para pensar en por qué le importaba la opinión de Ray Hall. Sólo sabía que no debía importarle, de modo que volvió a marcar el número. Dejó que sonara la grabación.

—Ray —dijo—, soy Emily Kramer. Phil no ha vuelto a casa esta noche. Son las cinco y media. Si pudieras llamarme, te lo agradecería. —Vaciló, mientras esperaba a que descolgara, y entonces se dio cuenta de que no tenía nada más que decir—. Gracias.

Colgó.

Mientras hablaba, se le ocurrieron varias ideas más. Dejó el teléfono sobre la encimera y recorrió la casa de nuevo. Carecía de motivos para pensar que Phil fuera a suicidarse, pero también para imaginar que era inmune a la depresión y la decepción. Y a la gente le pasaban cosas malas sin que hablaran de ello..., sobre todo a gente como Phil.

Emily volvió a atravesar con cautela la sala de estar. Miró la pulida mesa de cerezo contigua a la puerta principal, bajo el espejo, donde a veces se dejaban notas. Se obligó a bajar al cuarto de baño de invitados y echar un vistazo a la bañera. No había ningún cuerpo. Se recordó que no debería buscar su cuerpo. Un hombre que portaba un arma se suicidaría de un tiro, y ella no había oído nada. En caso de suicidarse, seguro que habría dejado una nota. Continuó moviéndose y entró en el pequeño despacho donde Phil se ocupaba de pagar facturas y Emily confeccionaba listas o utilizaba el ordenador, entró en el cuarto de estar donde se sentaban a ver la televisión.

No había ninguna nota. Sabía que no la había pasado por alto porque sabía cuál sería el aspecto de la nota. Estaría apoyada en vertical contra un libro o algo por el estilo, con EM impreso en mayúsculas. Para las ocasiones de gala, como cumpleaños o aniversarios, él siempre utilizaba un sobre. El suicidio merecería un sobre.

Volvió al teléfono y llamó a la oficina. Llamar a la oficina fue una idea de último momento, pero sabía que habría debido probar antes. El teléfono sonó cuatro veces, y después se conectó el buzón de voz. Reconoció la voz dulce y aterciopelada de April Dougherty. Era una voz telefónica artificial, y a Emily no le gustaba. «Ha llamado a las oficinas de Investigaciones Kramer. Lamentamos no poder atender su llamada en este momento. Para servicios personales, haga el favor de llamar entre las nueve de la mañana y las seis de la tarde, todos los días laborables. Puede dejar un mensaje después de oír la señal.»

Emily había escrito y grabado aquel pequeño discurso hacía veintidós años, y recordó el momento de repente. Recordó haber estado a punto de bautizar como la «Oficina Central del Mundo» al espantoso apartamento sin ascensor de Reseda Boulevard. Phil la había abrazado y reído a carcajadas, y hasta llegó a decir que las palabras «oficina central» constituían una exageración.

Emily alejó el teléfono de su oído, tecleó el número del buzón de voz, y después el código para reproducir mensajes. «Lo sentimos, pero su código no es válido. Inténtelo de nuevo, por favor.» Contempló el teléfono y repitió el código. «Lo sentimos, pero...» Desconectó. Pensó en telefonar otra vez y dejar un mensaje diciendo a Phil que la llamara, pero sabía que la idea era ridícula. Era imposible que no supiera que estaba esperando recibir noticias de él. Tomó la decisión de no perder más tiempo pensando en el hecho de que Phil había cambiado el código de recuperación de mensajes. Tal vez ni siquiera había sido él quien había cambiado el código. Tal vez la pequeña April había puesto un código nuevo cuando había grabado el nuevo mensaje. Sería muy propio de Phil ignorar que Emily querría saber cuál sería el nuevo código, o que no decírselo heriría sus sentimientos.

¿Cómo era posible que Ray Hall continuara durmiendo después de ocho timbrados? Tal vez estaba con Phil. Fue el primer pensamiento positivo que se le ocurrió. Después se recordó que el sonido del timbre era una señal, no un sonido real. Si Ray hubiera

desconectado el timbre, la compañía telefónica continuaría enviando aquella señal al teléfono de Emily.

Pensó en Bill Przwalski. Sólo tenía veintidós años, nacido más o menos en la época en que Phil y ella se habían casado y fundado la agencia. Estaba intentando trabajar sus dos mil horas por año, durante tres años, para conseguir su licencia de investigador privado. ¿Estaría trabajando con Phil? Le adjudicaban todos los aburridos trabajos de vigilancia nocturna y las misiones de seguir a alguien de un lado a otro de la ciudad. Echó un vistazo a la lista del cajón cercano al teléfono y probó su número, pero escuchó un mensaje que sonaba como si un colegial estuviera leyendo en voz alta en clase. «En este momento no puedo ponerme al teléfono, pero le llamaré en cuanto me sea posible. Haga el favor de esperar a la señal para dejar su mensaje.»

—Billy, soy Emily Kramer, la esposa de Phil —dijo—. Me gustaría que nos llamaras a casa lo antes posible. Gracias.

¿Nos? Lo había dicho sin haberlo decidido, impulsada por un instinto de protección al sentirse tan sola.

La siguiente llamada era más difícil, porque no le conocía tan bien como a Ray, y no se trataba de un aprendiz como Billy, pero en una época anterior llamar a los demás le había ayudado a vencer su timidez y reticencia. Ya había llamado a Ray y a Billy, de modo que ahora debía llamar a Dewey Burns. Si no le llamaba, Dewey tal vez se sentiría intrigado, y se preguntaría si le había dejado de lado por ser negro. Hizo la llamada y sólo necesitó un timbrazo.

—¿Sí?

—¿Dewey?

—Sí.

—Soy Emily Kramer. Siento llamarte tan temprano.

—No pasa nada. Estoy levantado. ¿Qué ocurre?

—Acabo de despertarme, y Phil no está. Esta noche no ha vuelto a casa. Me puse a llamaros para ver si alguien sabe dónde está, y tú eres el primero que ha contestado.

—Lo siento, pero no sé dónde está Phil. Me puso a trabajar en un caso, y no me cuenta lo que está haciendo. ¿Has llamado a Ray?

—Sí, y a la oficina, y a Billy. Nadie se ha levantado todavía.

—Es temprano. Déjame hacer un par de llamadas. Iré a la oficina y echaré un vistazo. Te llamaré desde allí.

—Gracias, Dewey.

—Te llamo enseguida.

El hombre colgó.

Emily se quedó de pie sujetando el teléfono. La voz de Dewey había sonado brusca, como si tuviera prisa por quitársela de encima. Pero tal vez su laconismo se debía a la época que pasó con los marines: habla deprisa y actúa. Hacía un par de años que se había licenciado, pero iba tan tieso que daba la impresión de estar custodiando algo, y conservaba su corte de pelo militar. Phil había contado a Emily que aún hacía ejercicios y corría ocho kilómetros al día, como preparándose para entrar en combate. De todos modos, tuvo la impresión de que deseaba quitársela de encima. Además, dijo que iba a hacer unas llamadas. ¿A quién iba a llamar, aparte de a los hombres que trabajaban para Phil?

Se recordó que no era el momento de ponerse celosa. Dewey tendría números de Ray Hall y Bill Przwalski que ella desconocía, padres, novias o quienes fueran. Pero lo que había dicho en concreto era que iba a hacer un par de llamadas. ¿A qué números podía llamar cuando Phil Kramer no volvía a casa una noche? Confió en que todo se redujera a que Dewey tenía cierta idea sobre el tema de la última investigación de Phil, o al menos sabía quién era el cliente.

No sabía gran cosa sobre Dewey, y siempre albergaba la sensación de que Phil debía saber más sobre él de lo que decía. Nadie parecía saber cómo se habían conocido Phil y Dewey. Daba la impresión de que siempre hablaban en clave, en voz baja, como si sostuvieran largas conversaciones cuando ella no estaba delante.

Tenía que llamar a una persona más. Miró la hoja que había en

el cajón abierto, marcó el número y descubrió que estaba comunicando. Echó un vistazo al reloj de pared. Las cinco y cuarenta minutos. ¿Se habría parado? ¿Sólo llevaba diez minutos llamando?

Colgó y volvió a marcar. Esta vez, el teléfono sonó un instante y alguien descolgó.

—¿Qué pasa?

April Dougherty contestó con voz irritada.

—¿April? Soy Emily Kramer, la mujer de Phil. Siento llamarte a esta hora.

La voz adoptó un tono dócil y sereno.

—Da igual.

—Estoy llamando a toda la gente de la agencia. —Emily reparó en que April no había preguntado qué estaba pasando. ¿Cómo no iba a fijarse? Contestó a la pregunta que April no había formulado—. Phil no ha vuelto a casa esta noche, y estoy intentando averiguar si alguien sabe adónde ha ido, en qué estaba trabajando, o si está con alguien.

—No —dijo April.

—¿No?

—A mí no me dijo nada. Me fui a casa a las seis, y él aún continuaba en la oficina.

—¿Te acuerdas de si Ray estaba, o Billy?

—Mmm..., creo que estaban los dos cuando me fui. Sí, estoy segura. Pero estaban a punto de marcharse también.

—¿Te acuerdas de qué estaba haciendo Phil cuando te fuiste? ¿Estaba ocupado con un expediente, guardando aparatos de vigilancia o grabadoras en un maletín, o algo por el estilo?

—No me fijé. Es posible. Quiero decir, es su oficina. Pudo recoger cualquier cosa que necesitara después de que yo me fuera. Creo que estaba sentado a su mesa. Sí, eso es.

—¿Tenía el ordenador encendido?

—Siempre está encendido.

Emily se sentía frustrada.

—Escucha, April, sé que es muy temprano. No haría esto si no estuviera muerta de preocupación. Durante veintidós años, Phil siempre ha vuelto a casa por la noche, o al menos ha llamado para decirme dónde estaba.

—No sé por qué no ha vuelto a casa. —La voz de April era queda y tensa—. Estoy segura de que debe tener buenos motivos.

Emily se quedó estupefacta. No había dicho nada crítico acerca de Phil, y esta chica le estaba defendiendo.

—Si te llama —dijo—, dile que me telefonee a casa enseguida. Voy a llamar a la policía. Si conoces algún motivo para que no lo haga, me gustaría saberlo.

—Si me llama, se lo diré.

—Gracias.

—Adiós.

April colgó.

Emily marcó de nuevo el número de móvil de Phil y escuchó el mensaje. «El abonado al que ha llamado se encuentra fuera de cobertura en este momento.» Devolvió el teléfono a su soporte. El frío que sentía en los pies le recordó que seguía descalza y en camión. Cogió el teléfono y corrió a la escalera para vestirse. De camino, miró la pegatina que estaba adherida al aparato y marcó el número de la policía.

2

Emily Kramer salió corriendo del ascensor en dirección a la puerta de la oficina, con la mirada clavada en el pasillo. Hacía cinco años que no lo pisaba, como mínimo, pero no había cambiado desde los días en que Phil y ella habían trasladado la agencia a este edificio, veinte años atrás. Había una rozadura en la pared de la derecha, encima del zócalo, y estaba segura de haberla visto antes.

Llegó a la puerta con las letras doradas que anunciaban: «INVESTIGACIONES KRAMER», intentó introducir la llave en la cerradura y fracasó. Phil no le había dicho que habían cambiado los cerrojos. Era una dificultad sencilla y habitual, pero que le impedía llevar a cabo sus intenciones, y de momento no se le ocurrió otra manera de continuar adelante. Gente como los administradores de edificios tendían a aparecer hacia las diez o las once, y apenas eran las seis y media. Se sentía aturdida.

La puerta se abrió y apareció Dewey Burns.

—Emily. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo mismo que tú.

Entró como una exhalación, como si fuera a cerrarle la puerta en las narices. Avanzó unos pasos y se detuvo. Ray Hall y Bill Przwalski estaban apoyados en uno de los escritorios de la oficina exterior.

—¿Ray? ¿Billy? —dijo—. Intenté llamaros.

Ray Hall le devolvió la mirada.

—Dewey nos localizó.

Tendría unos cuarenta años de edad, y sus ojos grises inquisitivos hacían que aparentara mucha más edad, como si se hubiera llevado tantas decepciones que ya era incapaz de sorprenderse.

Aquella mañana vestía una chaqueta deportiva negra, camisa azul claro y tejanos.

—Phil no ha vuelto a casa esta noche —dijo ella.

—Lo sabemos —dijo Hall—. Lo siento, Emily. Supongo que ya aparecerá.

—Pero tú llevas trabajando para él desde hace diez años. Sabes que nunca lo había hecho.

Ray Hall suspiró y clavó la vista en el suelo un momento, y después alzó los ojos.

—Creo que está bien.

—¿Qué significa eso?

—La gente desaparece de dos maneras: involuntaria o voluntariamente. En el caso de un hombre que mide metro noventa, ha peleado algunas veces y va armado, es difícil llevarle a un sitio al que no desee ir.

—¿Crees que se largó sin decir nada a nadie?

—Es posible, pero todavía no lo sé.

—¿Y si te equivocas?

—No puedo equivocarme, porque aún no he decidido nada —replicó Ray—. Hemos de mantener la calma y averiguar lo que podamos antes de extraer conclusiones.

Emily se sentó a la mesa de la recepcionista, porque notaba que sus rodillas empezaban a temblar. Al cabo de un momento, cayó en la cuenta de que la mesa y la silla eran las mismas que había utilizado veinte años antes. La familiaridad le confirió cierta energía. Intentó no hacer caso de las plantas enanas en macetas del tamaño de tazas que April Dougherty tenía sobre la mesa, ni del pequeño mono de peluche con imanes en las manos que se agarraba a la lámpara de mesa. Había papel secante blanco con dibujos garabateados de chicas larguiruchas con el pelo largo caído sobre sus grandes ojos, y el nombre April con un corazón como punto de la i. Emily reparó en que Bill Przwalski la estaba mirando y parecía nervioso, como si tuviera miedo de que fuera a registrar el escritorio.

Tenía ganas de hacerlo. Se le iban las manos hacia los cajones, pero reprimió la tentación.

—He llamado a la policía —dijo a Ray Hall.

—Yo también —comentó Dewey Burns.

—¿Sí?

El hombre frunció el ceño.

—Te dije que iba a hacerlo.

—No exactamente. Dijiste que ibas a hacer algunas llamadas. ¿Qué dijeron?

—No le han detenido ni ingresado en un hospital. Están investigando ahora si ha cometido alguna infracción desde ayer por la tarde... Si se saltó un *stop*, o algo por el estilo.

—Eso me dijeron a mí también.

Emily se volvió hacia Ray Hall, pero éste evitó su mirada.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta acristalada del despacho de Phil. Cuando la abrió, vio que el cerrojo de seguridad continuaba corrido y la madera estaba astillada. Giró en redondo alarmada.

—He sido yo —dijo Ray Hall—. Sólo él tiene llave.

Ella asintió y entró. El despacho de Phil tenía el mismo aspecto de siempre. Se dio cuenta de que había esperado algo diferente. Tendría que haber encontrado algo que destacara, algo que tal vez no fuera visible para otras personas, pero sí para ella. Y eso le revelaría lo que estaba pasando. El escritorio estaba reluciente y olía a limón, con un juego de bandejas de entradas y salidas que albergaban un listín telefónico y una perforadora. Phil no era una persona muy pulcra. El poco orden que guardaba era producto de su época militar, cuando le habían entrenado para ordenar y sacar brillo a las superficies que se encontraban a plena vista.

Abrió los cajones y archivadores, en busca de algo que no fuera rutinario ni corriente. Descubrió fichas con anotaciones de su puño y letra del día anterior. Encontró la copia de una carta que había firmado, exigiendo el pago de una última factura de lo que parecía un caso de divorcio. Se la enseñó a Ray Hall.

—¿Ves esta carta? Todavía ayer estaba interesado en que esta mujer le pagara. Si ella recibe la carta mañana y envía por correo el cheque al instante, no llegará hasta dentro de dos días. Él esperaba estar de vuelta.

—Marilyn Tynan —dijo Hall. Los tres hombres intercambiaron una mirada sin decir nada. Bill Przwalski empezó a vaciar las papeleras en una caja de cartón.

—¿Qué? —preguntó Emily.

—No es ninguna novedad. Es un caso de divorcio que llevamos hace tres años. Phil ordenó a April que le enviara una factura a ella, y a unos cuantos más, cada mes, además de todas las actuales. Esa mujer nunca pagará. ¿Phil firmó la carta?

Ella se volvió y la levantó para que Ray Hall pudiera verla.

—Sí.

Hall se encogió de hombros.

—A veces ni se molesta.

La caja de cartón de Bill Przwalski estaba llena de basura. La levantó.

—Baja eso, Billy —dijo Emily. El muchacho la dejó sobre su escritorio—. A ver, que alguno de vosotros me diga cuál es su opinión sobre lo que está pasando.

Los demás miraron a Ray Hall, que respiró hondo y después expulsó el aire.

—No me gusta decirte esto, Emily. Tuve una intuición, y cuando entré en el despacho de Phil, busqué los números de las cuentas bancarias de la oficina y llamé por teléfono. El ordenador del banco dice que Investigaciones Kramer tiene ciento cincuenta dólares en una cuenta y doscientos en la otra.

—¿Dólares? —preguntó Emily—. ¿Estás hablando de ciento cincuenta dólares?

—Sí.

Sus ojos resbalaron sobre los rostros de los tres hombres, que sostuvieron su mirada. Emily introdujo la mano en el bolso, sacó su talonario, se acercó al escritorio de April, descolgó el teléfono y

marcó el número de sus cheques. La risueña voz del aparato le pidió su número de cuenta, y luego las últimas cuatro cifras de su número de la Seguridad Social. Después de teclear los números, el aparato empezó a recitar una lista de elecciones. Oprimió el cuatro para obtener el saldo. «El saldo de su cuenta es de... setenta y tres dólares y... diecisiete centavos. Para volver al menú principal, pulse ocho. Para hablar con un delegado, pulse cero.»

—Oh, Dios mío —murmuró Emily. Apretó el cero y esperó.

«Espere, por favor —dijo la voz—. Todos nuestros delegados están ocupados en este momento, pero su llamada es importante para nosotros.»

Mantuvo el teléfono apretado contra el oído.

—El dinero también ha volado de nuestra cuenta.

Los hombres no parecieron sorprenderse.

Oyó que las puertas del ascensor se abrían y cerraban. Sujetó el teléfono y miró hacia la puerta de la oficina como los demás. Cuando se abrió, se fijó en que los ojos de todos estaban dirigidos a la altura de los ojos de Phil, pero no fue él quien entró. Sus ojos descendieron treinta centímetros hasta el rostro de April Dougherty. Cuando entró, todos permanecieron inmóviles, mirándola, pero nadie la saludó. Ella miró a los hombres sin sorprenderse, y después se volvió hacia Emily.

—Buenos días.

—Hola, April.

Emily seguía con el teléfono apretado contra el oído.

—Sólo será un momento —dijo April—. Quiero recoger algunos objetos personales, y ya no os estorbaré más. ¿Ha llegado ya la policía?

—Todavía no.

April se encaminó a su escritorio y empezó a abrir los cajones y a dejar cosas sobre la cubierta de la mesa. Eran escasas y patéticas: una taza de café con una flor encima, un pequeño zángano revoloteando sobre ella y una pequeña abeja escondida detrás del tallo. Al lado había un dispensador de plástico con pastillas de

sacarina, una cajita con una lima de uñas y seis frascos de esmalte de uñas, y un par de cepillos para el pelo. El último objeto fue un estuche de maquillaje barato.

—La policía no va a incautarse de tu cepillo —dijo Ray—. Si te da vergüenza dejar tampones tirados por ahí, cógelos. Pero es mejor que tu escritorio no se quede vacío, no vayan a pensar que estás escondiendo algo.

—¡No lo hago! —replicó ella.

—Pues actúa en consecuencia. Vuelve a guardar tus cosas en la mesa, siéntate en tu silla y piensa en qué puedes hacer para ayudarnos a encontrar a Phil.

April le miró, se sentó y sacó un expediente del cajón derecho inferior del escritorio.

—Ésta es la hoja de ruta, lo que todo el mundo ha estado haciendo esta semana.

Los ojos de Emily se abrieron de par en par. Dio la vuelta para leerla.

—Por Dios, no le has incluido.

—Claro que no. Es el jefe —dijo April.

Emily sabía que, en parte, estaba agradecida a April por no hablar de Phil en pasado.

—¿Has guardado registros de las llamadas recibidas y las citas?

—Claro.

April enseñó a Emily una libreta de papel rayado con dos columnas de nombres y números. Después sacó una agenda encuadernada con una página para cada día.

Emily vio que constaban montones de llamadas, montones de personas que acudían a la oficina. También vio días enteros en que Phil no había ido al despacho, y April había trazado una diagonal sobre su cuadrado y escrito «No hay citas» con su letra pulcra y parsimoniosa. Indicó la más reciente.

—¿Qué es esto? ¿Anunció por anticipado que no aceptarás citas, o sólo llamó desde alguna parte y dijo «Hoy no iré»?

—Ambas cosas —contestó April—. Muchas veces, alguien viene y se marcha, y he de cancelar lo que está concertado. A veces, uno de los hombres llama para decir que está en Pomona, Irvine o donde sea, y no puede regresar.

Emily observó a los tres hombres con el rabillo del ojo mientras April hablaba. Reparó en que ninguno de ellos se sorprendía por su explicación.

—Todos sabéis lo que estoy buscando —dijo—. Hemos de saber en qué estaba trabajando Phil, y en dónde. Podría encontrarse en un apuro.

La voz grabada del teléfono repitió: «Espere, por favor. Todos nuestros delegados están ocupados en este momento, pero su llamada es importante para nosotros». Emily colgó, introdujo la mano en el bolso, encontró la hoja de papel en la que había anotado el número que el agente de policía le había dado en su anterior llamada y lo marcó de nuevo.

—Agente Morris —dijo una voz.

—Agente Morris, soy Emily Kramer. He hablado con usted hace poco sobre mi marido. Bien, acabo de descubrir que ha desaparecido el dinero de sus cuentas de empresa y de nuestras cuentas personales. Temo que alguien se haya apoderado de su identificación, le tenga retenido o...

—Espere, señora Kramer. He estado intentando localizarla. Acabo de llamar a su casa, y estaba a punto de probar en la oficina. Temo que hemos encontrado al señor Kramer. Siento muchísimo comunicarle que ha muerto.

Emily se sintió agradecida por el hecho de que el hombre no hubiera prolongado la revelación, obligándola a escuchar durante un largo rato, mientras rezaba para que no dijera lo que sabía que iba a decir.

—Gracias —dijo.

Entonces se puso a llorar.